

## HEITTER

Ahora lo sé. Sé que no debo confiar en ese hombre que se encuentra detrás de un oficial nazi, quien sostiene una bandera blanca. Aunque están lejos, esperando la invitación a seguir, respetando las tradicionales reglas de la tregua, tengo problemas para contenerme y no ordenar a los soldados que abran fuego, que la aviación y la artillería destruya aquellas dos formas humanas vestidas con uniformes color caqui. No sé si tú tendrías la misma reacción, luego de ver, después de un lapso de sólo Dios sabe cuantos años, al hombre que más odias en tu vida.

Era Heitter.

Heitter, vestido como un oficial del ejército alemán, escondiendo bajo el abrigo sus insignias de general.

El maldito Heitter.

Su rostro, cubierto de escarcha, presenta los rasgos típicos de inanición. Hay que reconocerlo: compartió los estragos del asedio con sus hombres. Era, perdóname por decirlo, un buen general. Y como tal, algo tramaba, lo sé. Su experiencia, campo en el que nos aventajaba bastante, no le permitiría terminar como en un futuro terminaría Paulus. Sé que encontraría la salida y yo tenía que anticiparme a ella.

Le indico con un ademán que se acerque, que no hay peligro y me muerdo los labios para contenerme. Pienso de nuevo en ti, tendido en la cama de un hospital, esperando a que sanen las heridas. Cómo me gustaría que estuvieses aquí. Me faltaba un amigo.

Y Xillen...

Xillen ahora es intocable, intachable... imparcial. Sé que en su corazón somos sus amigos y la imparcialidad jamás reemplazará el lugar que nosotros tomamos. La extraño bastante. Me hace falta su presencia, sus ideas, su amistad, su apoyo e incluso las constantes discusiones que teníamos, hasta por el vuelo de un pájaro, las añoro...

Heitter se acerca y me mira con un poco de asombro. No cree que sea yo el que está frente a él. Estoy casi seguro que esperaba a alguien más. A cualquier otro guardián menos a mí o a ti. Más sabe contener su sorpresa. Hay un rato de silencio que hasta es embarazoso. Los oficiales que me acompañan me miran consternados. Y aquel que está con Heitter hace lo propio.

— ¿Podemos hablar en privado? — Pregunta Heitter, señalando a los oficiales que me acompañan y, muy a mi pesar, estoy de acuerdo con la idea. Al fin y al cabo, sería raro si comienzo a hablar a un oficial enemigo de tú a tú, frente a algunos de los representantes del partido comunista que me acompañan. Les indico a mis hombres que se alejen. Ellos cumplen con la orden, aunque detecto en sus ojos sorpresa e indignación. Sé que eso representa una “pequeña” reunión

esta misma noche con el comandante en jefe del frente y quizás toda una reprimenda del partido, más no me importa.

Los oficiales de ambos bandos se alejan a una distancia prudencial y ahí quedamos Heitter y yo, en medio de tierra de nadie, bajo las penetrantes miradas de representantes de ambos ejércitos, en medio de la blanca gris de la nieve, teniendo como techo un cielo lleno de humo y con el olor de la pólvora como testigo silencioso e inmutable de nuestra conversación.

— Hola, Enrique. — Heitter me saluda sin emoción alguna en su voz. Tan sólo el cansancio se cuelga entre las palabras. — No imaginé verte aquí.

— Hola, Heitter. — Trato de mantenerme neutral.

— ¿Por qué regresaste?

— No porque lo quisiera, créeme.

— Sabíamos que esto no acabaría cuando paramos. — Heitter comenzó a golpearse las manos para calentarse.

— Sabes la regla: sólo pueden quedar guardianes de un bando. Ahí termina. Xillen lo advirtió en esa reunión...

— Lo sé, Enrique. Más quisiera que fuese de una manera diferente. — Heitter hablaba filosofando, pero resignado al destino que le estaba escrito.

— No quiero hablar de ello, Heitter. Estoy cansado y deseo acabar con esto lo más pronto posible. ¿Qué quieres?

Él no respondió de inmediato. Me miró a la cara, como si estudiara mis facciones, grabándoselas en la mente.

— Quiero acabar ya. — Fue su respuesta y me tomó por sorpresa, no lo niego. Esperé cualquier cosa, menos esa muestra de debilidad por su parte.

— No.

— ¿Por qué?

— No quiero tener que regresar aquí dentro de diez o veinte años. No quiero tener que pasar por lo mismo una y otra vez. Quiero acabar, pero de una vez por todas. ¡O mueres tú o muero yo! — Respondo con fuerza.

Para mi sorpresa, Heitter rió.

— Es por eso que estoy aquí, Enrique. Quiero acabar ahora mismo. Quiero un duelo...

— ¿Un duelo?

— Sí. Esto tiene que acabar ya. Demasiado hemos sufrido por culpa de fuerzas que no nos atañen, pero a las que defendemos hasta la última gota de sangre. Esto tiene que acabar ya. Tampoco quiero regresar aquí una y otra vez. Quiero descansar. Quiero olvidar que esto ocurriera alguna vez... Quiero... Descansar.

No sé que responder. Miro a Heitter, tratando de descubrir si es una trampa, si es una jugada para salir sano y salvo de la ciudad, pero leo en sus ojos tristeza y determinación, y sé que no está mintiendo.

Tomo aliento antes de responderle...

## I

El regreso al castillo era una agonía. Aunque mi misión fue coronada por el éxito y ahora cabalgaba a la vanguardia de un gran ejército, el temor por mis amigos era cada vez más intenso. A pesar de los reportes de los exploradores, de que el castillo todavía resistía, sentía que algo no marchaba bien. Que algo fue irremediablemente dañado o perdido. Y me empecinaba por forzar la marcha aún sabiendo las consecuencias que ello traería para las tropas.

Al cabo de una semana de marchas forzadas, por fin divisé el maltrecho castillo que todavía ondeaba nuestras banderas sobre sus torres. No puedo decir que sentí alivio. Todavía necesitaba ver si mis amigos estaban bien. Así que, desoyendo todos los consejos y órdenes, espoleé mi caballo y a galope suicida atravesé el campo de batalla, sembrado de cadáveres y de sangre. Detecté movimiento en las torres: eran los vigías de turno que se dieron cuenta de mi presencia. La puerta comenzó a bajar con lentitud. Observé que presentaba grandes huecos en algunas de sus partes; ello quería decir que Heitter logró acercar arietes a las paredes. Cuando la puerta bajó del todo, una gran piedra cayó de mi alma. Miguel y Xillen estaban parados hombro a hombro en la entrada y agitaban las manos en señal de saludo.

Por las caras de mis amigos intuí que algo no andaba bien, antes de sentarme. Nos reunimos en la habitación de siempre y la chimenea estaba encendida y acariciaba con su calor nuestros cuerpos de la misma forma como lo hizo la noche en que echamos suertes.

Faltaba Andrés.

— No es la bienvenida que te mereces, Enrique... Mierda. Lo siento. — Comenzó Miguel quedamente.

— ¿Andrés? — Pregunté sin voz, tan sólo un susurro salió de mis labios y sentí que todo se caía en mi interior.

Xillen y Miguel asintieron en medio de un lúgubre silencio. Las llamas de la chimenea, como si entendieran que algo grave ocurría, disminuyeron su intensidad. Las tinieblas se cernieron sobre nosotros, llenando todo con su intranquila serenidad.

— ¿Murió?

— No lo sabemos, amigo mío. — Contestó Xillen. — No es claro lo que ocurrió. Sucedió ayer. Andrés hacía guardia en la muralla, cuando detectaron un pequeño grupo de avanzada enemiga. Con seguridad que querían preparar el terreno antes de atacar, eran minadores. Miguel y yo, estábamos en nuestros aposentos, descansando. Así que Andrés a un escudero envió, para avisarnos que les emboscaría. Cuando a las murallas llegamos, él ya se había ido. Alcanzamos a escuchar choque de armas y gritos ahogados en la lejanía, por ello suponemos que Andrés trabó combate. Más al esperarlo, ni él, ni otro de los hombres que componían su grupo, regresaron. — Xillen guardó silencio y me miró con la cara acongojada, como si se sintiera culpable por lo ocurrido.

— ¿Alguien salió a buscarlos?

— Sí. — Intervino Miguel. — Salí con un grupo de caballeros. Encontramos las huellas de un encuentro, cadáveres de nuestros hombres y de los otros también. Pero ni rastro de Andrés.

— Una emboscada, creo yo. — Dije y mis amigos asintieron. — Debemos suponer que está prisionero. ¿Los atacaron hoy? — Al recibir la negativa, continué, — entonces llegarán parlamentarios hoy o mañana. Tal vez de ellos sacaremos algo en claro.

Mis amigos me miraron con estupefacción. Dejaba de lado el tema de Andrés con una facilidad demasiado extraña para ellos. Aunque no era así. Me dolía pensar que en este momento estuviera preso en algún lado o peor aún: siendo ejecutado sin que nosotros pudiéramos socorrerle; sin embargo, tenía que pensar en la defensa del castillo y hasta en un ataque frontal, ya que contábamos con refuerzos.

— ¿Cómo está la situación? — Pregunté, tratando de cambiar de tema.

— Mal. — Fue la lacónica respuesta de Miguel. — Si no llegas en tres días, no nos encuentras vivos, te lo aseguro. — Los hombres están cansados, no hay alimentos. Los caballos están en los huesos. En pocas palabras, en tres días estaríamos muertos.

Sentí en ese momento una extraña situación en el ambiente. La conversación perdía constantemente el hilo. Se sentía forzada. Parecía como si mi llegada interrumpiera algo planeado y organizado. No entendía lo que pasaba. Tal vez con estos días de asedio, sometidos a tensiones máximas, mis amigos cambiaron. Tal vez, ya acostumbrados a la idea de morir, la llegada de la salvación los trastocara de tal manera que no supieran que hacer. Era como si, acostumbrados a la idea de una muerte cercana, que pondría fin a sus esfuerzos y penurias, la llegada del auxilio los condenara a otro período de sufrimientos, en lugar de permitirles alcanzar el anhelado descanso..

Personalmente, pensando en la situación sin pasar por las penurias y limitaciones que mis amigos sufrieron, saltaría, literalmente, en un pie de la alegría. Ellos, en cambio, no mostraban emoción alguna por los refuerzos.

Apatía total.

Indiferencia hacia la vida o la muerte.

Y sólo la leve esperanza soportada en la amistad. Pero con la desaparición de Andrés, esa esperanza también se veía socavada.

Sin embargo, la mayor impresión no era la apatía, sino los ojos y las expresiones de mis amigos. Cansancio absoluto, imposible de traducir en palabras. Los ojos hundidos, emanando un extraño fulgor que infundía miedo y respeto, rostros enflaquecidos y un débil temblor — casi imperceptible — recorría sus miembros.

— Es mejor que descansen. — Dije. — Creo que por hoy no habrá ataques y con seguridad Heitter ya está enterado de los refuerzos. Esto acentúa la teoría de un parlamento mañana. Por ahora, distribuiré a los soldados y las provisiones que trajimos.

— Recuerda a los soldados no sobrealimentar, amigo mío. — Dijo Xillen mientras se levantaba, visiblemente aliviada ante la idea de un descanso, — los días que padecieron hambre cuentan y una sobrealimentación sería tan mortal como una espada para ellos.

Asentí en silencio. Miguel no dijo nada, se dirigió a la puerta con paso vacilante, pero porte orgulloso. Xillen lo siguió con toda su dignidad rodeándola como un aura imperturbable.

## II

No puedo decir que el amanecer nos trajera alegría. El peligro que representaban las huestes de Heitter seguía ahí y la debilidad de mis amigos y los soldados, defensores del castillo, se sentía visiblemente. Además, la desaparición de Andrés y el misterio de su paradero ocupaban buena parte de mis ideas y obstaculizaban los planes de un ataque frontal.

El no saber si era prisionero, limitaba nuestras posibilidades de movimiento. Heitter bien podría utilizarlo como rehén. Si, en cambio, Andrés estuviera muerto y nosotros tendríamos pruebas de ello, por más siniestro que suene, nuestros movimientos serían más fáciles. Dirigiría un ataque en este mismo instante, con la seguridad de una victoria.

Xillen y Miguel todavía dormían. Di órdenes expresas de no despertarlos. Así mismo, los defensores del castillo descansaban todavía. Los refuerzos nos encargamos de hacer la guardia esa noche. Durante el día, el ejército enemigo no dio muestras de vida, así que nos dedicamos a sanar nuestras heridas. Por lo visto, Heitter tramaba algo, pero a decir verdad, en este momento no me importaba.

Envié un par de espías al campamento enemigo. Necesitaba sondear el estado de ánimo de las fuerzas de Heitter y de paso averiguar algo de Andrés.

Ya era de noche y comenzaba a preocuparme por los exploradores, cuando se encendieron dos teas en la torre de la entrada. Quería decir que ambos regresaban sanos y salvos. Esperé en la sala de siempre a que llegaran. No me preocupaba tanto el estado del ejército de Heitter, como la suerte de Andrés.

Esperé, impaciente.

Entraron los dos, seguidos por un viejo caballero quién fue a su vez mi guía y ayuda cuando encontré por fin el ansiado ejército. Querían saludar, pero se los impedí con un ademán:

— ¿Qué noticias traen?

— Mi señor, — comenzó el más viejo de ellos. — Llegamos al campamento enemigo sorteando grandes peligros, más Dios estuvo a nuestro lado y logramos pasar por uno más de su ejército...

— Sí, sí... — Yo estaba impaciente.

— El ejército se encuentra agotado, mi señor. — El más joven tomó la palabra. — Los hombres desanimados, ¡y con razón! No han capturado un castillo en tanto tiempo, contando con una fuerza superior. En algunos casos se escuchan fuertes gritos de protesta, algunos ya han comenzado a pedir la cabeza de su jefe. — El muchacho hizo una mueca a modo de sonrisa amarga y prosiguió, — aunque hay que decir que estos cabecillas fueron inmolados en son del orden, más sus ideas echaron raíces en las mentes de quiénes los escuchan...

— Bien. Me agrada escuchar estas noticias, — decidí contenerme y enfocarme en el problema principal. — ¿Cuán grande es ahora el ejército al que nos enfrentamos?

— Mi señor, te tenemos otra agradable noticia, — el viejo volvió a tomar la palabra, sonriendo, — muchos de los inmolados fueron generales y sus ejércitos o se unieron al que llaman Heitter, o también fueron castigados de la misma manera que sus señores. Se dice que el tal Heitter está encolerizado y castiga con la muerte a aquellos que osan oponérsele tanto en acción como en pensamiento. El bosque mismo es testigo de ello. Se ven muchas sombras por la noche, sombras de hombres que huyen del campamento enemigo, quienes sintieron que la justicia de Dios se ciñe sobre ellos como una espada.

— ¡Estupendo! Nuestras posibilidades aumentan cada vez más y más...

— Pero esto no es todo, mi señor. — Ahora la cara del viejo se tornó seria. — También te tenemos noticias que son tan amargas como alentadoras...

— ¿Andrés? — Pregunté esperanzado.

— Sí, mi señor. No es firme esta noticia, porque no lo hemos visto, pero se rumorea que el tal Heitter capturó a un señor bastante importante. Se dice que lo quiere utilizar para salir del campo de batalla.

— ¿Quién les dijo esto?

— Un hombre que cobijamos por la noche al lado de nuestra fogata. Huía de una muerte segura, como así él llamó su motivo.

Me quedé pensando en las palabras del viejo. Ninguno de los exploradores vio personalmente a Andrés y la información obtenida era de segunda mano. Podría ser verdad, estaba casi seguro de ello, pero también tenía que pensar que Heitter fomentaría los rumores. Andrés podía morir en el encuentro, pero Heitter ocultó o enterró su cuerpo para dejarnos con las dudas...

— Hm... — Dietrich, el viejo caballero, se aclaró la garganta con intensidad. Los exploradores seguían esperando.

— Sus servicios han sido de gran ayuda. Pueden retirarse.

Los dos hombres se fueron. Tan sólo Dietrich se quedó a mi lado.

— ¿Les indicaste ese tono florido con el que me hablaron? — Pregunté sonriendo. No era común que dos hombres que a toda vista eran campesinos, hablaran con semejante léxico.

Dietrich se limitó a esconder una sonrisa de satisfacción entre sus bigotes. Se acercó a la mesa y tomó asiento a mi lado.

— ¿Qué piensas hacer?

— ¿La verdad? No lo sé. Sé que la moral del ejército enemigo está en el sótano. Sé que si atacamos mañana, los reduciremos a polvo. Sé que la victoria está asegurada para mañana... — Hice una pausa.

— ¿Pero?

— Pero no quiero arriesgar a Andrés. — Dije sin más.

Dietrich no respondió durante largo rato. Mientras que yo mantenía una lucha interna conmigo, él se limitaba a sacar y meter su espada de la vaina. Era una pieza única. Según él, esta espada se la regaló un rey bastante famoso al defender él, el honor de la reina.

— Hay que atacar. — Su voz me sacó del pozo de mis pensamientos. — Si no lo hacemos, se recuperarán. Heitter ya impuso una mano de hierro. Todavía hay

resentimiento por las ejecuciones, pero pronto olvidarán, tan pronto Heitter les aumente la paga. Cualquier cosa surgiría para unirlos de nuevo en nuestra contra y desperdiciaremos una buena oportunidad para ganar.

— Pero...

— Nada de peros, — él no me dejó terminar. — Andrés puede estar muerto en este momento y, así esté vivo, se encuentra en manos enemigas. Tienes que escoger: la vida de él, o la de nosotros.

No respondí. Dietrich tenía razón. Estaba arriesgando todo y a todos por un estúpido sentimentalismo. La decisión radicaba en escoger, hablando como un general, entre la suerte de un hombre o todo el ejército.

— Prepara a los hombres para mañana. — Dije y sentí como si enterrara una espina en mi corazón. — Mañana será el día.

Dietrich no respondió, pero colocó su mano en mi hombro y ese contacto paternal me reanimó un poco. Luego, se ciñó el guantelete y salió. Antes de que la puerta se cerrara, escuché el tono falsete de su voz llamando a sus hombres.

Yo también me levanté.

Tenía cosas urgentes por hacer.



### III

No había luna. Las nubes cubrían el cielo, ayudándome en mi tarea. Avanzaba por el tupido bosque en dirección al campamento de Heitter. Tenía que saber si Andrés estaba vivo o no. No pensé en el ataque que dirigiría mañana, tampoco en los peligros que representaba esta salida, ni siquiera en las consecuencias del acto. En mi mente sólo estaba Andrés.

Andrés y nadie y nada más.

Si estaba muerto, por lo menos no tendría este cargo de conciencia que me carcomía.

Si estaba vivo...

Bueno, si estaba vivo, decidiría en el momento lo que haría. Por ahora, eso no importaba. Al fin y al cabo, él era mi amigo, y aunque por mantener el sentido de la amistad, lo arriesgaría todo.

Avanzaba a buena velocidad, deteniéndome de vez en cuando para escuchar el silencio que me rodeaba. Estaría loco, pero no era estúpido. Ante mi imaginación desfilaban miles de emboscadas y detrás de cada árbol esperaba una estocada traicionera que acabaría de una vez por todas con este sufrimiento y preocupación. En mi mente resonaban las palabras de los exploradores, así que tenía cuidado de los desertores. Al fin y al cabo, un desertor es un hombre que teme a todo ser humano que se le atraviese. A este hombre nada le queda y tiene que esperar lo peor de cada persona que se le atraviese en el camino. Personalmente, si desertara de un bando, mientras no llegara al sitio en el que me sienta seguro, desconfiaría de todos. Y a cualquiera que encontrara en medio de un bosque, por la noche, en medio de ambos bandos, lo consideraría un enemigo.

En una de esas pequeñas paradas, me pareció escuchar a alguien que se detenía apresuradamente detrás de mí. Me di la vuelta, empuñando mi espada, listo para cualquier cosa. Alcancé a ver ocultarse un destello blancuzco detrás de un árbol. Con seguridad era el brillo de una espada. ¡Maldita sea! Si era un desertor, tendría problemas. Más si era uno de los hombres que seguían fieles a Heitter, no evitaría una batalla.

Comencé a avanzar despacio hacia el árbol, presto para cualquier cosa. Lanzaba veloces miradas atrás, previendo un ataque traicionero. Contenía la respiración, intentando escuchar cualquier ruido. Cuando me encontraba a pocos metros del árbol, una figura salió disparada debajo de su sombra, empuñando una espada. Me tomó por sorpresa. A duras penas alcancé a parar la estocada. A pesar de estar concentrado en la pelea, alcancé a ver con el rabllo del ojo otra figura que salía como un fantasma entre las sombras que proyectaba otro árbol.

Esa figura me pareció extrañamente familiar. A tal punto, que pensé que veía visiones.

¡Era Xillen! ¿Qué demonios hacía aquí? Pero cuando miré a mi agresor, con estupor reconocí a Miguel. Él también me reconoció, y ahora la punta de la espada encaraba el suelo y mi amigo me sonreía con sarcasmo y sorna.

— Hola, Enrique.

— ¡Maldito seas! Casi me matas, ¿lo sabías? — Siseé con indignación y sorpresa. — ¿Qué hacen aquí?

— ¿Tú qué crees? — Miguel me miró como a un niño pequeño. — Nos reportaron que desapareciste justo después de ordenar los preparativos para el ataque. Interrogamos a los exploradores y a este viejo... — Miguel buscó en vano el nombre. — ¿Cómo demonios se llama?

— Dietrich, amigo mío. — Le ayudó Xillen.

— ¡Eso! Dierloquesea. Él nos contó como te sentías por tener que atacar. Lo demás no fue tan difícil de deducir. Sabemos sumar dos más dos.

— Así que aquí estamos, amigo mío. Cierto es que te confundimos con uno de nuestros enemigos, más no es extraño el sospechar de cualquier sombra entre esta maldad. Te pido disculpas, más sé que en tu lugar realizarías el mismo acto.

Yo asentí anonadado.

— Bien, ¿qué estamos esperando? — Miguel envainó la espada con un gesto acostumbrado. — ¡Vamos!

— ¿A dónde? — Pregunté como un idiota.

— A rescatar a Andrés, ¿a dónde más? — Explicó Miguel, exagerando artísticamente los gestos.

— ¡No! — Grité horrorizado ante la idea.

— ¿Qué? — Respondieron Miguel y Xillen al unísono.

— ¿Están locos? No podemos ir todos. Con uno basta y sobra.

— ¿Por qué? — Miguel me miró indignado, pero yo no me inmuté. Por fin logré recuperar el control de mí.

— Por una pequeña razón, Miguel. Creo que olvidaste que nosotros tres somos los únicos guardianes que quedan. No podemos arriesgar todo por Andrés. Yo voy sólo. Si no vuelvo al amanecer, denme por muerto o prisionero. — Miguel y Xillen me miraban boquiabiertos. Nunca me vieron tan decidido a algo. Generalmente, yo sopesaba todos los pros y los contras, antes de llegar a una decisión. — Atacarán según lo planeado. — Dije cortante y reinicié mi camino.

— Espera, amigo mío. — La voz gélida de Xillen me detuvo en seco. — Creo justo hacerte recordar, que así como somos pocos los guardianes de este bando, un grupo somos y como tal, tomaremos decisiones conjuntas. Tú, — su voz se convirtió en acusadora, — pretendes sobre tus hombros tomar las responsabilidades y obligaciones, para con tu propio corazón estar en paz, mas olvidas a aquellos que siguen vivos y en aquellas decisiones tienen que ver. Enrique, deja de expiar las culpas y obligaciones de otros. Tienes una misión por cumplir, más tienes que confiar en aquellos que te rodean, así como ellos confían en ti. ¿Acaso crees que el arriesgar tu vida por Andrés y en el intento perecer, ayudaría en algo a la causa? ¿Acaso estás seguro el éxito lograr tú sólo? ¿Qué pretendes demostrar, amigo mío? ¿A quién pretendes demostrarlo? ¿A ti? ¿A nosotros?

No respondí. No pude ni quise responder. Xillen, en una sola frase llegó al fondo de mi corazón y de un manotazo, como el que haría un mago, expuso mis puntos débiles a la luz. Malhumorado, me senté.

— Mire, hermano, no sé que pecados cometimos en otras vidas, — comenzó Miguel quedamente.

Me sorprendió. Él era el más escéptico entre todos y ahora hablaba de vidas pasadas con la misma naturalidad que de Dios.

— Pero de lo que estoy seguro, es que ahora los estamos pagando y ¡de qué forma! Pero nos dieron una oportunidad: la de pagarlos conjuntamente. Confiando los unos en los otros. ¿Recuerda cuando jugábamos Dungeons? — Yo asentí. — Pues las veces que ganábamos un combate, una decisión o cualquier otra cosa, lo hacíamos porque éramos un grupo. De enfrentar solos a cualquier monstruo del libro, pocas eran las posibilidades de ganar. Pues haga de cuenta que esto es un juego de Dungeons y usted es su personaje. ¡Actúe como tal!

Sus palabras, a diferencia de las de Xillen, contenían tal simplicidad, que apabullaban. A la vez eran más directas que las de Xillen. Me sentí reconfortado. De hecho, me sentí a las mil maravillas. Miré a Miguel con esperanza:

— ¿Me acompañarán?

Como respuesta, obtuve un abrazo efusivo de Xillen, y Miguel, después de luchar un rato con la confusión, se unió al círculo mágico de tres.

Caminamos en medio de la oscuridad del bosque, en un silencio absoluto. En cierta forma me sentía reconfortado por la compañía. Pero a la vez, me preocupaba que estuviésemos juntos. Si Heitter adquirió nuestras habilidades y detectaba a los guardianes a distancia, sabría que todos los guardianes enemigos se acercaban. Y si ello era verdad, no tendríamos oportunidad alguna de terminar con éxito esta misión de expiación que me impuse. Pero las dudas que me roían sin descanso no se comparaban con el cargo de conciencia al no saber lo acontecido con Andrés. Y después de una lucha interna, dejé de lado las preocupaciones. Había que tomar las cosas una por una. Lo primero era Andrés, si algo surgía por el camino, pensaría en ello en el momento preciso.

Treinta minutos después, divisamos las fogatas del campamento enemigo. Infinidad de tiendas de campaña rodeaban en un círculo único a una tienda gigante, inmensa.

Era la guarida de Heitter.

## IV

Después de deliberar durante lo que parecieron horas, respecto a lo que haríamos, Miguel fue el que salió con la idea más lógica:

— Si Andrés está prisionero, estará en la tienda de Heitter. No creo que él sea tan estúpido como para dejarlo lejos de su vista.

— Y, ¿cómo pretendes llegar hasta ahí?

— Fácil, — dijo Miguel y la ya familiar sonrisa lobuna cruzó su rostro. — Caminando. — Se levantó y comenzó a avanzar al campamento enemigo.

— ¿Estás loco? — Siseé asustado y lo detuve agarrándolo del hombro. — ¿Quieres que nos maten? Algunos de esos hombres pueden reconocerte. Combatiste contra ellos.

— Tenía la armadura puesta y la cara tapada por el visor del casco. — Sonríó de nuevo. — Heitter no ha podido detectarnos y él es el único que nos conoce. Pero no te conoce a ti, Xillen.

Tenía la razón. Yo no pensé en esos detalles, con mi mente ocupada en Andrés. Miguel demostraba de nuevo sus capacidades de liderar los ataques suicida con los que se hizo famoso entre la soldadesca del castillo por sus locas salidas que nadie de cabeza fría o mente lógica se atrevería hacer. Y siempre salía victorioso. No lo pensé demasiado.

— ¿Qué dices, Xillen? — Miguel la miró de frente, casi con altivez, como si la desafiase a que le detuviese. — ¿Nos arriesgamos?

— Raro es el camino que nos propones, amigo mío. Más he de reconocer que este medio es el más apropiado. Para moverse en medio de la locura, se tiene que convertir en loco y para triunfar en donde todos pierden, hay que arriesgarlo todo con tal de vencer.

— ¿Qué? — Miguel se quedó mirándola, perplejo.

— Que sí, pendejo. — Le di un golpe en el hombro. — Muévase.

Y así no más, caminando como Pedro por su casa, entramos en el campamento enemigo.

A decir verdad, me desilusioné un poco. Esperaba ver a guerreros fornidos, hombres gigantescos con la llama de la maldad en sus ojos. Relamiéndose ante la perspectiva de la sangre.

En cambio, me encontré con los mismos hombres que defendían el castillo. Personas agotadas por las constantes luchas, ojos hundidos en las cuencas y la desesperación pintada en sus rostros. Se reunían alrededor de las fogatas y entre las frases que nos traía el viento reconocíamos los lamentos por los compañeros caídos y la misma pregunta que nos hacíamos nosotros: ¿Cuándo acabará esta locura?

Estábamos a menos de cien metros de la tienda principal, cuando frases inconexas me pusieron en alerta y agarré el hombro de Miguel para indicarle que se detuviera. Nos acercamos a una fogata rodeada por un grupo de hombres mal

vestidos, que conversaban en voz queda de un tema que me interesó de sobremanera.

— No sé ustedes, pero lo que es yo, tengo que hacer algo. — Decía un hombre de unos veinticinco años, expresando con sus manos lo que no lograban sus palabras. — Eliminó como si nada a nuestros amigos. — Su tono de voz, a pesar de hablar en susurro, envolvía a los que lo escuchaban. — Tu padre era uno de ellos, Perlis. Tu mejor amigo fue empalado, William. — Los aludidos asintieron funestamente. — Todos los que estamos aquí perdimos a alguien. No fue muerto en un campo de batalla, con el honor que esto trae para la familia. ¡No! Fue asesinado por su propio jefe, después de derramar sangre por él. Después de darlo todo. ¡Tenemos que vengar la muerte de nuestros amigos! Sus espíritus vagan en el limbo clamando venganza contra este acto. Nosotros somos las espadas que ellos no pueden empuñar. ¡Tenemos que vengarlos!

La conversación comenzó a subir de tono, alimentada por las fogosas palabras del joven. Le indiqué a Miguel y Xillen que nos alejáramos.

— Después de todo, era verdad lo que me dijeron los mensajeros. — Susurré. — También dijeron que hubo una revuelta y que muchos generales fueron eliminados. — Miré a Miguel con intención.

— Heitter es un estúpido. — Sonrió Miguel. — Está eliminando a sus propios aliados. Parece que sus ideas no son del todo compartidas.

— No es sólo eso, amigos míos. — Dijo Xillen. — Aquellos generales asesinados por nuestro enemigo común, bien serían guardianes que estaban unidos a Heitter por la causa misma, más no por los procedimientos.

— Si eso es así, — dije mientras retomaba el camino a la tienda de Heitter, — lo más probable es que Andrés siga vivo. Heitter estará loco, pero no es un estúpido, — miré a Miguel, tratando de que entendiera mis palabras. — Es probable que quiera utilizarlo como rehén. Además, no creo que sea capaz de asesinarlo a sangre fría. Al fin y al cabo eran amigos. Una cosa es en combate y otra tenerlo prisionero...

Lo último era más dirigido a mí que a mis compañeros. Trataba de tranquilizarme. Si Heitter fue capaz de hacer semejantes purgas entre sus tropas, cabía esperar cualquier cosa de él.

— Tenemos que apresurarnos. — Dije y apreté el paso.

La gran tienda estaba rodeada por una empalizada bien construida y torres de madera, en las cuales dos arqueros observaban vigilantes la plaza. Sólo se entraba por una puerta de madera, que era flanqueada por un grupo de caballeros. Más adelante, frente a la entrada de la tienda, habían diseminadas otras, más pequeñas, que con seguridad pertenecían a la guardia personal de Heitter. En medio del camino que se extendía entre la puerta de madera y la entrada a la tienda, se levantaba una plataforma cubierta de sangre. Sobresalían en su parte posterior diez palos puntiagudos y un tronco ancho y pequeño en la mitad. Era el territorio del verdugo. Imaginé en ese momento a todos los hombres inmolados en ese altar al egoísmo y no pude más que hacer causa justa con los conspiradores que sorprendimos en medio de la noche, al lado de la fogata.

Nos detuvimos frente a la puerta de madera, cubiertos por las sombras y detrás de una tienda, tratando de pasar desapercibidos y a la vez planear la forma de entrar en aquella pequeña fortaleza.

Entrar como penetramos en el campamento, quedaba descartado; también escalar uno de los muros. Después de llegar hasta ahí, nos encontrábamos estancados. De repente, en medio de la oscuridad, detectamos cierto movimiento frente a la plataforma y diez antorchas se prendieron al mismo tiempo, alumbrando el macabro escenario, terreno exclusivo de la muerte, resaltando lúgubramente el color de la sangre reseca y lanzando sombras malignas sobre las estacas, cuya punta comenzó a semejar dedos gigantescos que apuntaban hacia el cielo, tratando de abarcarlo en su totalidad.

Los hombres, como movidos por una orden silenciosa, comenzaron a acercarse al lugar de las ejecuciones. Nosotros, aprovechando la oportunidad, nos mezclamos con la muchedumbre, pero no alcanzamos a atravesar la puerta, puesto que los hombres se detenían ante la plataforma, represando el camino. Al parecer, todo el campamento se había reunido.

Cuando el movimiento se detuvo, se escuchó el sonido de un tambor y la piel que cubría la entrada de la gigantesca tienda se movió y Heitter, el odiado Heitter, apareció, seguido por siete personas más, ataviados con trajes fastuosos, como si fuesen a un desfile.

— ¡No lo puedo creer! — Me susurró Miguel con fuerza en el oído. — Sólo quedan siete. ¡Es un idiota si asesinó a los demás!

— Un idiota que sabe ganarse la obediencia de sus tropas, — le respondí entre dientes. — Por más que replican por lo bajo, nadie se atreve hacer nada. Los domina por el miedo y es la peor forma de dominación, de las más eficaces.

Miguel asintió con ferocidad. Xillen miraba la escena impasible, y a pesar de que en su interior luchaba con un sinfín de sentimientos, su cara era imparcial. No traslucía emoción alguna.

Heitter subió a la plataforma, seguido por sus generales y un hombre que llevaba en sus manos un hacha de guerra de proporciones gigantescas. Ese hombre era el verdugo. Al llegar hasta el tronco, clavó el hacha en éste, con una fuerza estremecedora. Un guerrero que estaba a mi lado, susurró a su compañero, sin que yo evitara escucharle:

— ¿Quién será? Creo que ya eliminó a todos.

— No lo sé, — respondió el aludido.

En ese momento Heitter hizo una señal con la mano y en seguida dos hombres ataviados con todas las armas, subieron a un hombre, cubierto tan sólo por una camisa destrozada, que en otras épocas sería blanca. Su cara, convertida en un único manchón rojo, destacaba con intensidad, ocultando los moretones y quemaduras en el resto de su cuerpo. Estaba parado de costado hacia nosotros y percibí que tendría algunas costillas rotas, por el modo como la piel se abultaba en esa zona. Rastros de latigazos cubrían el cuerpo y se alcanzaba a distinguir el color negruzco de las plantas de los pies, chamuscadas seguramente cuando lo torturaban. No obstante el dolor que sentía, este hombre se mantenía firme sobre las piernas y tan sólo el temblor que lo sacudía de vez en cuando, demostraba lo

debilitado que se encontraba su cuerpo. No estaba maniatado, lo que subrayaba el estado de debilitamiento, y la confianza de los verdugos de cumplir cabalmente su labor.

En ese momento, uno de los soldados que lo llevaban a la plataforma le dio un empujón excesivo, obligándolo a trastabillar. El hombre lanzó sus brazos hacia delante con la intención de suavizar la caída y en ese instante, el mundo pareció eclipsarse en un sólo manchón negro, y con la vista fija en el muñón derecho recién cicatrizado, un grito de horror atravesado en medio de la garganta, el corazón reducido a cenizas y ambas manos sujetando la espada con tal fuerza que perdí la sensibilidad en ambas, reconocí a Andrés.

Mi primera intención fue la de correr a ayudarlo, pero Miguel me retuvo por la fuerza y de alguna parte, del otro lado del Universo, escuché su voz estrangulada por el dolor que contenía una furia inenarrable:

— ¡Quieto! — Y me dio un bofetón que casi me hace caer de espaldas.

Por más extraño que parezca, le obedecí casi instantáneamente, gracias al entrenamiento obtenido durante décadas de continuos enfrentamientos. Lancé una mirada rápida a Xillen: tenía ambas manos en forma de puño sobre la boca, tratando de contener un grito. Tomé una de sus manos entre las mías y la apreté con fuerza.

— ¡Miguel, Enrique! — La voz de Heitter nos obligó a respingar. — Sé que están aquí. Los siento. Los huelo. No los puedo ubicar, pero sé que están aquí.

Ante estas palabras, quedamos helados. Fuimos realmente estúpidos al confiar en nuestra buena suerte para entrar al campamento enemigo. Al parecer estábamos a punto de pagar muy caro aquella insensatez.

— Si quieren que Andrés viva, vengan aquí. Los conmino como guardianes que son a que se presenten ante mí. — Heitter sonaba como un loco y su misma cara demostraba que le faltaba poco para perder la chaveta en su totalidad. Más ante la palabra “guardianes”, la turba comenzó a agitarse y sentía como miles de ojos se atravesaban mutuamente, queriendo identificarnos.

— Si tienen una pizca de respeto por Andrés, quiero que suban aquí. — Insistía Heitter, desde la tarima.

Permanecimos tiesos, como envueltos en una coraza de piedra que restringía nuestra visión y demás sentidos, cubriéndolo todo por una espesa niebla. Los movimientos eran ahora en cámara lenta y el pensamiento viajaba a la velocidad de la luz, llevando la misma pregunta sin ningún destino: *¿Qué hacer? ¿Qué hacer?*

Heitter esperó durante unos instantes alguna respuesta desde la multitud, pero entre esta reinaba una tensa calma. Al ver que ninguno aparecíamos, hizo una señal a los dos hombres que mantenían sujeto a Andrés y estos lo empujaron hacia el tronco, donde el verdugo dejó clavada su hacha. Vi que Andrés intentaba forcejear con sus custodios, pero estaba muy debilitado y estos lo obligaron a ponerse de rodillas y, a la fuerza, apoyaron su cabeza contra el tronco. En ese momento, en un último esfuerzo por sobrevivir, Andrés pateó a uno de los hombres. La patada, aunque desprovista de fuerza, fue una sorpresa y el hombre cayó de bruces, permitiendo cierta libertad a nuestro amigo. Andrés se levantó y

antes de que el compañero del caído saliera de su asombro, lo golpeó con todas las fuerzas que le quedaban en el rostro, mandándolo contra el verdugo.

La multitud soltó un bufido grandioso, como si inconscientemente animara a aquel desdichado a luchar por su sobrevivencia. Heitter corrió hacia él y antes de que Andrés le hiciera frente, lo golpeó con su bastón en la cabeza. Andrés se derrumbó de inmediato.

En ese momento, como en un sueño, escuché el alarido de Miguel:

— ¡¡¡Noooooooooooo!!!

Y, empuñando la espada con ambas manos, se lanzó hacia el podio, causando muerte y destrucción a su paso. Lo seguí ciego por la ira, con la intención de causar el mayor daño posible, de liberar a Andrés a cualquier costa y, de ser necesario, morir al lado de él.

La turba se movió agitada y el entrechocar del acero y los alaridos provocaron la atención inmediata de Heitter.

— ¡Ahí están! — Gritó eufórico. — ¡Mátenlos!

Intentábamos llegar al podio y rescatar a Andrés, más no era sencillo y cuando ya estaba dispuesto a la muerte, cuando estaba resignado a la eliminación, escuché una orden furiosa:

— ¡Perlis, William. Hay que protegerlos a toda costa!

Y la respuesta:

— ¡Hombres, la hora de la venganza ha llegado!

Y la multitud que se partía en dos, como si un dios la cortase con un cuchillo.

Como en un sueño teñido de rojo y cubierto de una niebla espesa e impenetrable, vi a Heitter correr hacia el hacha. Redoblé mis esfuerzos para llegar al podio, intentando evitar lo inevitable. Vi como intentaba sacar el hacha, mientras Miguel hacía picadillo a un hombre que se había atravesado. Vi como Heitter lograba su objetivo, mientras Xillen me cubría con su escudo y luego caía al suelo, proyectada por la fuerza del golpe. Vi como Heitter levantaba el arma, mientras Miguel se apresuraba a ayudar a Xillen y yo le cortaba la cabeza de un tajo a alguien que se atravesó en mi camino. Vi como Heitter buscaba mi mirada entre la multitud y como nuestros ojos se enfrentaban, y la sonrisa de satisfacción que cruzaba por su rostro mientras proyectaba el arma contra Andrés...

Lo demás no lo recuerdo con claridad. La sangre y los combatientes me rodeaban por doquier. Había muerte y lucha por todas partes y yo estaba parado en medio de ese horror, protegido por los incansables Miguel y Xillen, parado sin fe ni esperanza, sin creer todavía lo visto. Sin que la idea pudiese entrar en mi terca cabeza y comprender de una vez por todas que Andrés estaba muerto y aquel que lo asesinó a sangre fría, no era otro más que uno de sus más viejos amigos de la infancia: Heitter.

Y cuando la idea por fin logró acomodarse en mi cabeza y entendí que lo presenciado fue una espantosa y cruel realidad, aullé de impotencia y de dolor, aullé como si ante mis ojos asesinaron mi sentido de la vida y, ciego por la furia, avancé hacia el podio, buscando a Heitter. No me molestaba en usar la espada para abrirme camino, con la mano apartaba a los combatientes y avanzaba implacablemente hacia el podio. Sentí un golpe en el costado y vi el mango de un



puñal que sobresalía y la mirada de miedo del hombre que todavía lo empuñaba. Lo descabecé con la misma indiferencia y facilidad, con la que alguien corta una calabaza. Seguí avanzando y Heitter, como si presintiera que la hora de la verdad llegó, se lanzó de lleno al combate y enseguida vi que la túnica que cubría su espalda se teñía con una línea roja. El regalo de Miguel no había sanado aún.

Las voces roncadas de mis amigos me advertían sobre algo, gritaban eufóricos palabras que no llegaban hasta mi cerebro, enfocado únicamente en la figura de Heitter. Avanzaba, arrastrando la espada, que de un momento a otro se hizo pesada. De repente sentí un empujón en el hombro derecho y con cierto estupor y sorpresa vi como una flecha sobresalía entre la carne. La arranqué con indiferencia, cambié de mano la espada, pero en ese momento, sentí como si el mundo entero cayera sobre mi espalda y todo lo envolvió la oscuridad.

Y lo último que vi, fue a Heitter, acercándose veloz a mí, empuñando todavía el hacha, con la boca abierta en una sonrisa franca y alegre...

## V

Es difícil para mí precisar el tiempo que estuve inconsciente. Sé que varias semanas los curanderos del castillo no se separaban de mi lecho y cada vez que abría los ojos en medio del delirio, veía la figura de Xillen y Miguel a mi lado. Detrás de ellos, siempre sonrientes, estaban JJ y Andrés, pero encima y rodeando todo como una nube venenosa, la sombra de Heitter. Y cuando por fin el delirio cesó, y según el diagnóstico de los curanderos, debía reconocer a todos en la habitación, no veía a nadie, tan sólo a Andrés, JJ y Heitter. De algún lado increíblemente lejano escuchaba la voz de Miguel, pronunciando discursos inteligibles y una voz femenina que me era familiar pero que no reconocía, le respondía.

Sentía voces distantes que me llamaban, que mencionaban mi nombre en un susurro, indicándome una encrucijada. A mi izquierda se veía un camino blanco, rodeado de bellos árboles, con miles de flores y un aroma que nunca antes percibí. Todo era belleza en ese camino y tranquilidad. Sentía como los sentimientos de los que está compuesto el hombre, se unían en uno a partir de ahí. Y como mis heridas sanaban y las cicatrices desaparecían.

En cambio, el camino de la derecha mostraba como aquello que era belleza en el de la izquierda, se consumía por las sombras. Como las flores y hojas de los árboles, eran devoradas por gusanos verdes y peludos de proporciones gigantescas. Como la peste emanaba desde la lejanía del horizonte. Como todo se marchitaba y se pudría. Como los pájaros caían muertos al ser tocados por las tinieblas, como el sol no penetraba esa niebla espesa para dar un poco de calor a aquella tierra devorada por el mal.

Me senté en la encrucijada, con la espada sobre las faldas, sin saber que camino tomar. Bien podía ir a la izquierda y descansar por siempre en medio de la claridad. Dejar que mi espíritu se llenase de aquella belleza y tranquilidad. La otra alternativa era el de la derecha. El camino lleno de maldad y sufrimiento. De penurias y sacrificios. De miedos y muerte. Estuve sentado, cavilando sobre lo que haría por lo que parecieron semanas. Cansado, como me encontraba, y desilusionado con el mundo después del acto que presencié en el campamento enemigo, quería tirar todo por la borda y simplemente descansar. Sentir esa vida bella que se extendía a mi izquierda en su esplendor. Llenarme de ella hasta desbordar y olvidar. Olvidar lo que me pasó, lo sufrido.

Olvidar todo.

Ese lado me atraía y me envolvía, y con cada minuto era mayor la necesidad de ir a la izquierda y olvidar. Y sin embargo, no podía. Esa maldad que emanaba de la derecha tenía su origen. Y JJ y Andrés sacrificaron sus vidas peleando contra ese origen. En alguna parte de ese camino, Miguel y Xillen también realizaban lo mismo. Entonces, no podía darme el lujo de descansar. Por lo menos tenía que defender los ideales de mis amigos, por lo menos tenía que vengar sus muertes. Sin pensarlo más, me aferré a esos dos ideales: venganza y sacrificio, para traer la paz. Me levanté despacio, miré por última vez el camino que

emanaba paz y tranquilidad, deseché de un manotazo la invitación que ese bienestar me hacía y tomé el camino de la derecha.

En ese momento escuché un rugido rabioso a mi espalda y, al dar la vuelta y mirar lo que estaba sucediendo, vi como esa belleza se desvanecía lentamente para dar paso a toda la fealdad que mi mente era capaz de interpretar. Vi como brazos gigantescos salían de la nada, tratando de alcanzarme y caían, rabiosas, sin lograr su objetivo. Como todo lo envolvía la oscuridad y comprendí que al decidirme por la vida, me salvé de una vida después de la muerte peor que la misma muerte, que me estaría esperando a la vuelta de la esquina de ese camino que elegí. Entonces recordé lo que ocurre cuando muere un guardián asesinado por algún miembro del bando contrario. Miré por última vez, mientras la oscuridad lo envolvía todo, escupí rabioso en esa dirección y, dando media vuelta, avancé.

Cuando desperté, lo primero que sentí fue un dolor intenso en todo el cuerpo. Antes de abrir los ojos, intenté palpar mi cuerpo para ver si me encontraba en una sola pieza. Al fin y al cabo, la última imagen que tenía, era la de Heitter corriendo con el hacha levantada sobre su cabeza, listo para cercenar la mía. Pero los brazos no me respondían. Sentía como si estuvieran presos por piedras gigantes, como si toneladas de roca me cubrieran, y el primer pensamiento que cruzó por mi mente era que los había perdido.

Abrí los ojos asustado y vi mi cuerpo amarrado a la camilla en la que yacía. Estaba sólo. Exploré mi cuerpo con los ojos. Un abultado vendaje me rodeaba el hombro derecho y sentía otro rodeándome la cintura, además de algo que se clavaba constantemente en la espalda. Tenía otros rasguños de menor importancia en el resto del cuerpo y nada más. Me pregunté el tiempo que permanecí inconsciente y de repente, ya con mayor claridad: ¿cómo logramos salir de ese infierno? Sinceramente, no veía posibilidad alguna de salir con vida. En ese momento, mi única intención era la de matar a Heitter. Era una obligación y si lo lograría, moriría feliz. Más por algún motivo seguía vivo, en el castillo y vendado.

Escuché el chirrido de la puerta y entrar a Miguel. No sentí emoción alguna. Ni siquiera un leve atisbo de alegría. Al verlo llegar, el único pensamiento que cruzó por mi cabeza era: Andrés.

Y, debilitado como estaba, rompí a llorar en silencio.

Miguel se acercó despacio, sin decir nada. Su cara era el reflejo exacto de una máscara. Se sentó a la cabecera de la cama y esperó a que terminara de desahogarme.

Cuando terminé, vi que él también presentaba múltiples heridas, rasguños la mayoría, aunque el vendaje sangriento que cubría su cabeza, me decía que tampoco salió bien librado del encuentro. Tenía el rostro demacrado por el cansancio y las ojeras destacaban sobre su cara, como un par de negros platos.

Me miró con cuidado y preguntó:

— ¿Cómo se siente?

No respondí. Creo que el silencio era suficiente para expresar mis sentimientos.

— ¿Por qué estoy amarrado?

— Por su propia seguridad, hermano. Se movía mucho cuando estaba inconsciente... — Miguel dudó si continuar, me miro inquisitivamente, tratando de adivinar si ya estaba lo suficientemente repuesto, como para escucharlo. Con seguridad, Xillen le indicó que no me acosara desde un principio, como él acostumbraba, sino que me diera las noticias poco a poco. — Se arrancaba los vendajes, — Miguel decidió seguir con la narración, — intentaba levantarse, para buscar a Heitter. Llamaba a Andrés... Hacía tantas cosas... Casi se mata a sí mismo, hermanito.

— ¿Qué pasó? — Pregunté. — No recuerdo mucho... Lo último que recuerdo es a Heitter corriendo hacia mí.

— Estuvimos de buenas, eso es todo. — Miguel esbozó una sonrisa amarga. — Cuando se armó el alboroto, el grupo que sorprendimos quejándose se unió a nosotros. ¿Por qué? No lo sé. He querido preguntárselo a Xillen, pero siempre se me olvida. Nos defendieron un buen rato. Contábamos con el factor sorpresa y con el odio. Eso último fue lo que nos ayudó más que nada. Nunca antes lo había visto matar tan sistemáticamente, Enrique. Y tan rápido... Pero cuando usted cayó, quedábamos muy pocos y cuando daba todo por perdido, cuando, para serle sincero, estaba a punto de clavarme la espada yo mismo, para evitar que me masacraran, vi como la mayoría de las tropas de Heitter se replegaban hacia el sur. Unos gritaban emboscada, otros chillaban traición... Mejor dicho: caos total. La gente comenzó a retirarse aterrada, muchos simplemente tiraron las armas y salieron a correr. Yo no comprendía lo que pasaba, hasta que vi a lo lejos las banderas del castillo. Die... Dietr... ¡Dietrich! — Por fin pronunció el nombre del viejo caballero. — Ese viejo zorro inició el ataque mucho antes de lo acordado. Simplemente se dio cuenta que desaparecimos y no dudó un instante sobre dónde estaríamos. ¡Ahí fue Troya! Una masacre total. Muy pocos se escaparon...

— ¿Heitter? — Pregunté con esperanza, pero Miguel meneó la cabeza por respuesta. — ¡Maldito sea!

— No lo encontramos. Ni entre los cadáveres, ni entre los prisioneros.

Un silencio siguió a estas palabras. Vencimos, gracias a un milagro. No podía adjudicarle otro calificativo. Pero Heitter escapó. Como una rata inmundada, huyó dejando a su ejército atrás, para ser exterminado.

No lo creía.

En lugar de organizar una retirada, se dio a la fuga, sacrificando a sus hombres. Esto subrayaba que él actuaba por su propio interés. No le interesaban para nada las almas en juego, ya que las sacrificó con la mayor simplicidad del mundo. Tampoco le interesaba la amistad, asesinó a Andrés como si nada.

Heitter era un jugador.

Apostaba a lo grande, sin saber a ciencia cierta lo que recibiría, ni porqué lo hacía. Era un jugador compulsivo, un enfermo del juego y esta enfermedad se manifestó en su infancia y tomó fuerza en la Universidad, con el casino. Ahora entendía su filosofía, o por lo menos eso creía. Todo esto, todo este enfrentamiento titánico, toda la lucha entre el bien y el mal, era un juego para él.

La apuesta más grande de su vida.

Un juego y nada más.

— ¿Me puede soltar? — Pregunté toscamente a Miguel.

— ¿Seguro que se encuentra bien?

— Estoy hablando con usted, ¿cierto? — Le reproché, ya molesto.

Miguel me soltó, despacio.

— ¿Qué tengo en la espalda?

— Unas mechas, hermano. — Miguel me ayudó a sentarme. — Es increíble, pero la herida más peligrosa es esa. A la hora de la verdad, no sé como sobreviví. Una puñalada en el costado, — comenzó a enumerar mis heridas, — un flechazo en el hombro, un tajo en la cabeza - cortesía de Heitter - y un mandoble en la espalda.

— ¿No debería ser el de la cabeza más peligroso? — Pregunté con ironía.

— No, pues apenas fue una caricia. Todas las heridas han cerrado bien y no están supurando. Pero la de la espalda, sí. Por eso es que le aplicaron las mechas. Estas absorben el pus. — Explicó.

— ¿Qué le pasó en la cabeza? — Pregunté, indicando con un ademán el vendaje, todavía fresco.

— Una estupidez. Es una herida de la batalla que cerró muy bien, pero ayer nos pasamos de tragos con los de la guardia y me caí. — Respondió tosco. A Miguel no le gustaba reconocer cuando hacía el ridículo, pero siempre era el primero en burlarse de los demás.

Sonreí un poco, imaginando la caída. Pero todavía quedaban algunas dudas que él me tenía que resolver...

— ¿Andrés? — Ahora estaba listo para la incógnita principal.

— Lo enterramos hace veintidós días, hermano...

— ¿Cuánto? — Lo interrumpí asombrado.

— Veintidós. — Apuntaló la palabra. — Ya pasó casi un mes desde esa batalla. Lo llevamos al pueblo de Xillen. Su tumba está ahí...

Miguel calló. Nada más quedaba por decir. En este momento, mi corazón se encontraba en el pueblo de Xillen, buscando la tumba de Andrés para rendirle el merecido homenaje.

Miguel se levantó despacio.

— ¿Quiere comer?

Hasta la pregunta era necia. Pero sabía que no debía comer mucho. Miguel salió al obtener la afirmativa, dejándome a solas con mis pensamientos.

¡Veintidós días! Todo ese tiempo transcurrió desde el entierro de Andrés. Y no asistí al entierro. Sabía que no iría a su segundo entierro, el del cuerpo. No resistiría el regreso. Me atormentaba pensar cómo encontrarían el cuerpo. Y en ese momento, me di cuenta de algo horrible: ¡teníamos que regresar! En este instante, nuestros cuerpos yacían junto al de Andrés, en su apartamento. ¡No debían encontrarnos con él!

¡No debían!

En ese momento la puerta se abrió de nuevo y Xillen y Miguel, seguidos por dos sirvientas con bandejas, entraron.

— Hola, Xillen. — Su sola presencia me reconfortó. — ¿Cómo estás?

— Bien, amigo mío. Pero la pregunta es: ¿Cómo tú te sientes?

— Supongo que mejor. — Respondí.

— Mucho tiempo ha pasado, amigo mío, desde que te encuentras en este lecho sin dar otras señales de vida que palabras inconexas y sin sentido. Temía por tu vida, he de reconocerlo. Despertaste en mí sentimientos que nunca tuve. Y confundida estoy ahora.

Ni Miguel, ni yo respondimos. Las sirvientas depositaron las bandejas sobre una mesa y, después de hacer una venia, se retiraron. Intenté levantarme, pero me sentía muy débil y Miguel me ayudó a llegar hasta la mesa. No entendía el motivo de la debilidad. Andrés perdió el brazo y se recuperó en pocos días. En cambio yo, estaba de una sola pieza, pero me encontraba más débil que un pájaro recién nacido.

— Es por el tiempo que permaneció inconsciente, hermano. — Me explicó Miguel, mientras me daba de comer un caldo de pollo, después de que le planteé mis preocupaciones. — Lo alimentábamos a la fuerza, ya que usted escupía la mayoría. Eso es todo.

— Tenemos que regresar, Miguel. — Dije de improviso y le conté mis inquietudes.

— Creo que tiene razón, Enrique. Tenemos que regresar. Ahora ve que yo tenía razón cuando les dije que cada quién para su casa.

Recordé con esa frase la súplica que se leía en los ojos de Andrés cuando estábamos a punto de irnos y no pude más que contrariar las palabras de Miguel. Parecía como si Andrés, en ese momento, presentía que ese sería su último viaje y necesitaba de un apoyo emocional y físico junto a él. Y nosotros se lo ofrecimos.

— ¿Cuándo lo haremos?

— Cuando tus heridas sanen por completo, amigo mío. Tu cuerpo no arriesgues, ya que las heridas que tienes en este momento, se manifestaron ahí abajo de diferentes maneras. Si permaneces aquí, mientras sanas, el tiempo que permanecerán las heridas en tu cuerpo será de unos cuantos segundos. Más si insistes en regresar, la curación tomará el tiempo necesario, pero en tu planeta. — Xillen hizo una pausa antes de continuar. — No les he comunicado lo acontecido durante la batalla y tampoco lo que representa para nosotros como guardianes del bando contrario.

— ¿Qué?

— Heitter huyó del campo de batalla, es cierto. Miguel lo constató del todo. Más no sólo nosotros estamos desesperados al no conocer su paradero y asestar el golpe final para acabar con la maldad que emana de ese ser... — En ese momento, la expresión de Xillen mostraba los primeros signos de una verdadera furia. Nunca vi un atisbo de esas emociones en ella, y cuando quería expresarlas, lo hacía sólo con la entonación de su voz. Ahora comprendía la clase de sentimientos que se despertaban en ella y la principal causa no era mi

convalecimiento. Fue el presenciar la horrible muerte de Andrés, propinada por uno de sus supuestos amigos. — Los hombres de su bando también están buscándolo, desesperados y extrañados. — Continuó ella. — El ser que odiamos y al que deseamos la muerte, la única regla que existe en este mundo ha roto y la cuál no se explica, ya que se dan por sentado sus bases...

— ¿Cuál regla? — Preguntó Miguel estupefacto y aunque yo tampoco sabía a ciencia cierta a lo que se refería Xillen, bien podía formarme una idea.

— Regresó... — No lo pregunté, pero tampoco lo afirmé.

— Sí. — Dijo Xillen. — Aunque una solución lógica es escapar de una muerte segura, para un guardián, nunca, en ningún enfrentamiento esta acción sucedió. Se considera que es un honor magno el defender un ideal que representa el existir de miles de almas. Es un acto de cobardía el escapar de esta manera tan poco honrosa. Peor que cobardía. Dicho acto, el cometido por Heitter, no tiene nombre.

Ante mí desfilaron en un instante todas las escenas de la muerte de Andrés y la forma en que murió JJ. Ambos podían escapar, pero por algún motivo no lo hicieron. Tampoco Miguel y yo, a pesar de encontrarnos en medio de un asedio, con pocas posibilidades de ganar, hicimos esto. Ni siquiera pasó por nuestras cabezas esa idea.

— ¿Qué va a pasar ahora? — Preguntó Miguel al ver que yo no pronunciaba palabra.

— Las batallas que mantenemos con el otro grupo continuarán, puesto que quedan seis guardianes que pueden y deben hacernos un frente común. Más la incógnita primordial, consiste en el qué se hará con Heitter. — Xillen buscó asiento y su voz sonó amarga. — No se sabe en realidad qué clase de castigo imponer a un ser que ha caído tan bajo. Como ya lo dije, nunca antes sucedió un acto abominable como este y nunca se tomaron precauciones en caso de que sucediera. Por primera vez en muchos eones, los “Maestros” de ambos bandos se reunieron para buscar un castigo justo a cualquier guardián que caiga en esta tentación. Se ha de castigar a nuestro enemigo común, amigos míos, más no se le causará la muerte...

— ¿Qué idiotéz es esa? — Exclamó furioso Miguel. — ¡Qué lo partan en dos y fin de la discusión!

Xillen lo miró, con los ojos abiertos, llenos de lástima.

— ¿Hasta tal punto ha llenado el odio tu corazón, amigo mío, que eres capaz de desear tu propia muerte?

— ¿Qué?

Pero ella no quiso responder. Bajó los ojos y guardó un terco silencio, a pesar de que Miguel la bombardeaba con preguntas.

— Creo comprender cuál es la razón. — Dije.

— ¿Cuál? — Preguntó rápido Miguel y Xillen levantó los ojos.

— Como se nos dijo una vez: algunas cosas tendremos que deducirlas por nosotros mismos, Miguel, — comencé. — Ella no puede ser nuestro guía en todo momento, eso ya lo comprendí hace muchos años. Pero mirando lo que pasaría si

Heitter es ejecutado por sus actos por los Maestros, no sería nada bueno para ninguno de nosotros, créeme.

— ¿Por qué?

— Muy sencillo, viejo. No sé cuales son las reglas completas del juego, ni tampoco sé las reglas que limitan a los Maestros, pero de lo que estoy seguro, es que se impusieron varias antes de comenzar este juego del cual somos los personajes principales. Presiento que si un Maestro matara a un guardián, este juego no serviría para nada, porque cada vez que un guardián hiciese bien su trabajo, el Maestro del bando contrario, simplemente lo eliminaría. — Miré a Xillen y vi como sus ojos brillaban. — ¿Es cierto lo que digo, Xillen?

Ella se tomó su tiempo para responder.

— En cierta medida llenas el espacio creado por la interrogante que ha surgido ante nosotros, amigo mío. — Fue su respuesta. Ni mucho ni poco. Tan sólo lo justo. Así era ella.

Miguel rumió la respuesta un rato y a medida que la comprendía, su rostro reflejaba que no le gustaba para nada. Estaba dividido entre la necesidad física de matar o ver muerto a Heitter y las ganas de vivir. Finalmente, lanzó un juramento y se recostó en mi cama, mirando el techo.

— Es todo lo que ha sucedido hasta ahora, amigos míos. La decisión de los Maestros no será ni inmediata ni tardía. En este momento no se sabe si nosotros, los guardianes de ambos bandos, debemos participar en el debate y el juicio. Ya que alguien sugirió que sería bueno que nosotros, los que arriesgamos nuestras vidas a diario, juzgásemos al infractor como iguales, imponiéndole un castigo que no implique la muerte.

— ¿Podemos participar? — Miguel se levantó de un salto, relamiéndose ante la idea de poder juzgar a Heitter.

— No se le puede condenar a muerte, viejo. — Le recordé, adivinando de antemano sus intenciones.

— Fresco, hermano. — Miguel comenzó a reír. — Existen cosas peores que la muerte, se lo aseguro...

Se levantó y se dirigió a la puerta. Antes de salir se dio la vuelta y, mirándonos con seriedad, blandió su puño al aire y repitió amenazante:

— ¡Se lo aseguro! — Y salió.

Xillen me acompañó durante largo rato. Hablaba de cosas filosóficas, como siempre acostumbraba. Por alguna razón, evitaba tocar el tema de los guardianes y tampoco lo sucedido en la última batalla. Y cuando llevaba la conversación a algo relacionado, ella esquivaba la pregunta con una respuesta oculta. Sin embargo, me cansé de ese juego.

— Lo que no entiendo, Xillen, es ¿cuál fue el motivo por el que esos hombres se lanzaron en nuestra ayuda durante la batalla? — Decidí dejar de lado la filosofía y pasar a un tema que en verdad me interesaba en ese momento. — Podían hacerlo en cualquier momento. No tenían necesidad de tres personas más para engrosar sus filas.



Xillen me miró largamente y vi la tristeza reflejada en sus ojos. Entendí en ese momento mi estupidez, pero ya era tarde para retractarme. Para ella, la noche en que murió Andrés, representaba algo horrible, algo que cambió su forma de pensar y de sentir, definitivamente. Quizás, como el ser místico que era y que tenía una curiosidad hacia la humanidad que representábamos, y en cuyo campo se gestaban las batallas de los guardianes, la chocaba de sobre manera el asesinato a sangre fría de un ser querido a su corazón. No lo asimilaba con la velocidad que nosotros.

En nuestro mundo, llorábamos a un amigo el día de su muerte y el día de su entierro y, ocasionalmente, cuando su recuerdo agitada nuestros corazones. No obstante, olvidábamos. Para ella, sin embargo, esta era una experiencia nueva. En ella germinó un sentimiento magno y nunca experimentó siquiera un similar. La muerte de JJ no fue cercana para ella como para nosotros, porque recién lo había conocido. En ese entonces, él era para ella un guardián más. En cambio Andrés, era otra cosa.

No niego que a mi también me dolía, pero estaba acostumbrado a las pérdidas. Al principio, la muerte de cada soldado me desgarraba el alma. Ahora, era un número menos. Y, recordando mis propios sentimientos décadas atrás, comprendía lo que ella sentía en este momento, y como las palabras que dijo, le regresaron al mundo de dolor del cual intentaba ocultarse.

Pero ella era fuerte, por lo menos lo que al exterior se refiere. Realizó un acopio de fuerzas y se colocó una máscara sobre el rostro, ocultando cualquier atisbo de sentimiento.

Siendo imparcial...

— ¿Recuerdas, amigo mío, la ocasión en la que te viste obligado a prescindir de los hombres que conforman nuestro ejército y ejecutar una misión peligrosa?

— ¿Te refieres a la búsqueda de refuerzos?

— Sí. Les advertí, amigo mío, que tan sólo un guardián tenía la capacidad para cumplir aquella misión, ya que un alma, como las que se encuentran en juego, caerían con facilidad bajo la influencia de la emanación, maligna para nosotros. — Me miró, ya más animada. Le encantaba dar explicaciones e intentaba siempre añadir la mayor cantidad de soluciones posibles en sus enredadas respuestas. — Las almas que formaban parte de las huestes de Heitter y que se encontraban descontentas con su trabajo, se sublevaron puesto que sus guardianes así lo quisieron. Más al eliminar Heitter a los guardianes de los que aquellas almas dependían, se apoderó de estas y por más que ellas confabulaban por lo bajo, no podían sublevarse sin la influencia de un guardián al que pudieran acogerse. Ello fue lo que ocurrió: al desvelar nosotros la posición en la que nos encontrábamos en el momento preciso de la ejecución.

Analicé la respuesta, intentando sacar algún provecho.

— Entonces, ¿nosotros también perderíamos hombres de esta manera? — Todavía no me acostumbraba hablar de almas. En cierta medida, resultaba denigrante para los hombres que peleaban conmigo, y los que en más de una ocasión me salvaron la vida.

— Es posible, si estas almas se encuentran descontentas con el manejo que nosotros aplicamos a la situación y, siempre y cuando, un guardián esté lo suficientemente cerca como para tener influencia sobre ellas.

— Un dato bastante interesante, Xillen, pero ¿qué pasó con los dos exploradores que envié al campamento de Heitter? Ellos regresaron, a pesar de encontrarse en medio del campamento enemigo.

— La respuesta es muy sencilla, amigo mío. Al enviar a dos almas al campamento enemigo, ellas tenían la sensación de nuestra presencia a su espalda y era su referencia para regresar. En cambio, si ellos hubiesen ido en busca de refuerzos, dicha sensación se perdería ya que a su espalda habrían dos: la nuestra y la del bando contrario...

— Esto no es muy consistente, Xillen. — Dije.

— Lo sé, amigo mío, más así es el camino de los guardianes. Existen misiones únicamente para ellos y, si piensas suficiente en mi respuesta, entenderás que no es del todo vaga. Para todo propósito existe un fin y en esta ocasión es aplicable al dilema que me propones.

La frase de ella cortó el ritmo de la charla y la conversación se estancó. Xillen estaba sentada a mi lado, como esperando a que dijera algo. Pero no se me ocurría el motivo. Así que también esperé.

Los minutos pasaron con lentitud, como dispensados por un – no muy generoso – cuentagotas. Sentía la comezón típica que producen las heridas al cerrarse y el punzante dolor cada vez que movía un músculo de la espalda. Era la primera vez que me herían de gravedad. Antes, tan sólo había recibido rasguños que sanaban en cuestión de días. Con toda seguridad tendría que desperdiciar algunas semanas más en cama. Esto me preocupaba. Si se producía un ataque, sólo Xillen y Miguel lo enfrentarían.

— No te afanes por ello, amigo mío. — ¡Maldita mujer! ¡Por qué demonios tiene que utilizar eso! Ella sonrió apacible, adivinando de nuevo mis pensamientos. — Mientras no se realice un juicio a nuestro enemigo común, ningún guardián tiene derecho a enfrentarse. Ya que este juicio atañe no sólo a nosotros, también los del grupo que nos enfrenta tienen que decidir sobre el que hacer respecto a la ofensa y deshonra que ha traído Heitter sobre ellos.

No dije nada. Pero toda esta cháchara sobre el juicio, me dejaba un mal sabor de boca. Esto quería decir que los dichos Maestros no eran tan perfectos como lo pretendían. Algunas cosas se les escapaban y ello nos afectaba directamente. Si la posibilidad de huir en medio de un combate fuera prevista, tal vez Heitter estaría muerto en este momento y nuestras posibilidades se incrementarían aún más.

— Amigo mío, — Xillen comenzó a hablar con un tono grave de voz, como si quisiera subrayar la importancia de las palabras que iba a decir. — Mucho me duele admitir que las cosas que expresaste en el bosque y en el campo que se extiende frente a este castillo, son verdad. No entiendo del todo al hombre, y mientras mejor penetro entre la complejidad de su mente, más me asombro y me asusto. Tenías razón sobre el dolor que produce todo ese sentimiento, todas esas emociones y valores de los que rebosan los humanos. Más he llegado a una conclusión, al sentir en mi propio ser algunas de esas emociones a las que nunca

antes tuve acceso: es el proceso de la limpieza el que los obliga a ustedes a comportarse de este modo. Tanto la muerte como la vida, la traición y la lealtad, el amor y el odio son procesos que sufren para limpiar sus almas...

— No, Xillen. — La interrumpí de improviso. — No es así. No puedes tomar todas las emociones del hombre, mezclarlas en un todo y llamarlas limpieza. Corrígeme si me equivoco, pero se nos dijo que se eliminan todas las impurezas, las cuales son absorbidas por el cuerpo. Pero nunca, nunca puedes decir que el amor, el honor, el valor, la lealtad y la amistad son impurezas. ¡Jamás!

Ella no respondió. Ni siquiera me sonrió condescendiente. Pasó un largo rato, mientras ella pensaba en una respuesta y en el cual yo luchaba entre la indignación que me produjeron sus palabras y el respeto que sentía por esa mujer.

— Nunca comprenderé al ser humano, a menos que viva como uno, amigo mío. — Por fin respondió ella. — Y por ello quiero internarme en su mundo, más después de lo experimentado, el sobrecogimiento me envuelve y no sé si podría permanecer como un ser intacto después del contacto con las emociones que su mundo representa.

— Esto es exactamente a lo que me refería, cuando me negué llevarte, Xillen. Para mí, eres la expresión del bienestar y la belleza. Un ser que es capaz de cubrirlo todo de una hermosa nube de bienestar. Siempre tienes una explicación y un consuelo a cualquier cosa que me esté sucediendo. Y temo que perdieras algunas de esas cualidades si entras en contacto con lo que es nuestro mundo.

— En ello es en lo que he pensado, amigo mío. — Xillen se levantó y comenzó a caminar hacia la puerta. — Te deseo pronta mejoría, amigo mío. — Dijo y salió.

Me quedé a solas con mis pensamientos.

Sí, Xillen se vio afectada por la última batalla. Ahora parecía un tigre enjaulado, intentando encontrar una salida en medio de lo que sabe y el conocimiento adquirido recientemente. Al fin y al cabo, esa era nuestra recompensa: el conocimiento. Y Xillen, a pesar de ser imparcial y tener todo el conocimiento de este mundo, tenía sólo una vaga noción del nuestro. Esa era la recompensa que recibía. Aunque no precisaba si era una recompensa o un castigo...

Como ella misma expresó: Los humanos somos tan impredecibles...

## VI

El tiempo transcurrió con irritante lentitud. Mis heridas sanaron, pero la de la espalda seguía molestándome un poco. Tal y como nos dijo Xillen, no hubo enfrentamientos. Los Maestros se tomaban su tiempo para decidir y, a decir verdad, no me importaba mucho. Estaba disfrutando de este merecido descanso.

Nos trasladamos de nuevo al pueblo de Xillen. El castillo fue defendido y nosotros éramos los ganadores. Una nueva época nos esperaba así como una nueva batalla que enfrentar. Pero por ahora, nuestra primera intención era descansar tanto física, como emocionalmente.

Después de todo, Miguel y yo, desoyendo los consejos de Xillen, regresamos al apartamento de Andrés. Fue un horrible espectáculo. Afortunadamente, las heridas recibidas en el mundo de Xillen no se manifestaron en su cuerpo de la misma manera. Tenía el brazo partido igual que el cuello.

Ambos lloramos en silencio sobre el cuerpo de nuestro amigo. No hubo ni gritos, ni lamentaciones, ni palabras de despedida. Tan sólo lágrimas. Lágrimas silenciosas salían de nuestros ojos, para deslizarse por las mejillas y caer al suelo. Llorábamos a nuestro compañero de armas, a nuestro amigo, a nuestro camarada; llorábamos a un guardián. Supongo que también desahogábamos toda la tensión acumulada en el mundo de Xillen. El miedo que no podíamos mostrar en el campo de batalla, se desquitaba con nosotros aquí. En este mundo no había magia ni presentimientos. Tan sólo la cruda realidad de la vida nos envolvía por completo, impidiéndonos respirar. No sabíamos lo que nos deparaba el futuro en este mundo.

No resistimos mucho en aquel lugar. En silencio, salimos del apartamento y, a pesar de que era de noche y el barrio peligroso, nos dirigimos cada quién a su casa. A decir verdad, no nos preocupaban tanto los peligros de la ciudad. Después de los años vividos en medio de campañas y muerte, hasta nos haría un favor el ocasional atracador que nos matara de una puñalada y nos libraría de una vez por todas de esta carga. Pero sabía que esto no sería posible. Sabía que los Maestros velarían por nuestro bienestar. Simplemente porque nos necesitaban... Era una triste conclusión y también dolorosa, pero era la verdad absoluta.

Cuando regresamos al mundo de Xillen, ella nos recibió más alegre. Parecía como si también había aprendido que el tiempo cura las heridas. Y es cierto, las cura, pero siempre deja profundas y horribles cicatrices. Aprendió que la vida tenía que continuar sin importar nada más. Ese era el lema de nosotros, los hombres: "La vida tiene que continuar". No importa si algo pasaba, si tu familia moría, si perdías las piernas, si te daba cáncer; nada importaba porque "La vida tiene que continuar". Aprendimos que la vida continuaría en su constante girar sin importar que algo le ocurriese a alguno de nosotros. Si moríamos, bueno... La vida continuaría, ¿no es cierto?

El desarrollo urbano del pueblo avanzó con velocidad en nuestra ausencia. Entrábamos en una nueva época y eso quería decir que el siguiente combate se acercaba. Mi cuerpo todavía no estaba completamente recuperado.

Más el tiempo pasaba sin contemplaciones y los Maestros tardaban en llegar a una decisión. Miguel se volvió taciturno y esquivo. Trataba de evitarnos y se perdía durante semanas en el bosque. Cuando regresaba, se encontraba cansado hasta el agotamiento, sucio y con las ropas rasgadas y en ocasiones cubiertas de sangre. Cuando intentamos averiguar lo que hacía, respondió con un: "Qué les importa" y después de asearse un poco y descansar un día, se internó de nuevo en el bosque. Con seguridad él se culpaba de la muerte de Andrés. En una ocasión intentó compartir conmigo sus pensamientos, pero su ego lo detuvo en medio de una palabra y se retiró. Yo intuía que no se perdonaba que Andrés, lastimado como estaba, saliera encabezando un grupo de exploración y fuera capturado. Intentaba encontrar la expiación en la soledad del bosque, haciendo sólo Dios sabe qué cosas, pero no la hallaba aun. En cambio, su odio hacia Heitter crecía cada vez más y más.

Xillen tampoco salió bien librada del último encuentro. Nunca pensé en el problema que representaría para ella encariñarse con nosotros y la muerte de Andrés era el primer golpe serio que le propinaba su título de guardián. Ella, aunque no intentaba evitarnos, también se mostraba taciturna y pensativa. Ni siquiera me planteó de nuevo su intención de ir a nuestro mundo. Con seguridad, ahora analizaba los pros y contras de lo aprendido, para llegar a la conclusión si ir o no. Sabía que quería ir, pero después de lo experimentado, por fin entendió el peligro que representaría a su imparcialidad un viaje de este tipo.

Yo, en cambio, me mantenía tranquilo y con la mente despejada. También aprovechaba y disfrutaba de los momentos de soledad, pero nunca evitaba a mis compañeros de armas. A pesar de que me dolía la muerte de Andrés, mi corazón estaba tranquilo. Hice lo posible para salvarlo. Aunque también odiaba a Heitter, lo hacía de una manera diferente a Miguel. Él lo odiaba por traicionarnos. Por traicionar la confianza que se le tenía. En cambio yo, lo odiaba como al mayor de mis enemigos. Si antes le tenía algún respeto, ahora lo perdí por completo y no me importaba en absoluto lo que me ocurriera. Simplemente me dedicaría a cumplir mi labor de guardián, sin colocar mi esfuerzo en capturar a Heitter. Si por casualidad me encontraba a él, lo mataría de la misma manera que lo haría con otro guardián enemigo, sin darle la mayor importancia. Me concentré en cumplir mi papel de guardián y nada más. Así que, recordando el viejo consejo de Xillen, me dedicaba a disfrutar de los momentos de tranquilidad y reposo. Ayudaba a los pueblerinos y campesinos. Todos los días dedicaba una hora al entrenamiento físico y otra al manejo de las armas. El resto del tiempo lo empeñaba en proporcionar ayuda al que me lo pedía y, si nadie necesitaba de mi colaboración, iba al bosque a cazar.

Más el tiempo transcurría y el descanso llegaba a su fin. Un día Xillen entró a nuestros aposentos y, luego de tomar asiento, nos invitó a que hiciéramos lo mismo. Tanto Miguel como yo obedecimos sus indicaciones. La cara de Xillen

reflejaba la gravedad del asunto que quería plantear y ambos le hicimos caso sin rechistar.

— Bueno, amigos míos. — Comenzó Xillen. — La hora del juicio se encuentra próxima y ha sido la decisión de los Maestros, el que los guardianes de ambos bandos sean los que decidan la suerte que ha de correr nuestro enemigo común.

Ninguno mostró sorpresa. De alguna manera sabíamos que así sería y sólo esperábamos el momento en el que nos lo dirían.

— Este debate tendrá lugar en la sala de baile del castillo que ahora se eleva en la punta de la montaña que se interpone entre el valle y este pueblo. Tan sólo los guardianes asistiremos a esta deliberación y yo actuaré como representante del grupo, para llevar nuestra decisión conjunta... — Hizo una pausa intencional en esa palabra, mirando a Miguel directamente a los ojos, — ...a los Maestros. — Terminó.

— ¿Cuándo comienza el juicio? — Preguntó Miguel, sin ocultar la ironía que le imprimía a las palabras.

— A partir de mañana, amigos míos, al castillo seremos confinados. Quiero recordaros que seremos diez guardianes que por el momento una misma meta tienen, que es la de imponer un castigo severo a un desertor. — Se detuvo y nos miró uno a uno con intención.

— En pocas palabras, Xillen, hacemos de cuenta que son nuestros amigos por el momento. — Ironizó Miguel.

— Sí.

— Se puede hacer. — Puntualizó él.

— Además, — añadí, — podemos sacar ventaja de esto. Al menos conoceremos a los demás guardianes enemigos. Ellos nos conocen, después de nuestra incursión. Nosotros no.

— Es cierto, amigo mío. De esta forma, la ventaja que ellos tienen sobre nosotros en este campo, será disminuida.

— Bueno, — dijo Miguel después de una pausa general. — ¿Quién quiere una copa de vino?

Todos respondimos con una afirmación.